

## CAPITULO CCXXV.

Cuadro general de la nacion durante el gobierno del conde-duque de Olivares.

La dominacion del conde-duque de Olivares habia llegado, puede decirse, á su grado máximo.

Lo mismo que las naciones, las fortunas de los privados tienen sus períodos de ascenso, tienen su apogeo, tras el que sobreviene más tarde ó más temprano la caída más ó ménos ruidosa, segun la índole de las personas que la han precipitado.

Los males que España habia sufrido durante la administracion de Olivares llegaron á ser de tanta importancia y tan repetidos, que no se podía tolerar la continuacion de aquel personaje en un puesto en que tan funesto habia sido para la nacion, que tenia derecho á esperar de él proteccion y amparo.

Mas en vez de esto, ¿qué habia hecho? Perder ignominiosamente Portugal, y dar margen á la sublevacion de Cataluña, hechos ambos verdaderamente culminantes, por lo cual los citamos entre los infinitos que, como hemos tenido ocasion de ver, habian sido resultado de sus desaciertos y de su loca presuncion.

Ambos podian haberse evitado con más tino, con mayor tacto, con más prudencia y ménos alardes de estemporáneo orgullo el uno, y de sobrada tirantez el otro; y como que precisamente venian á ocurrir cuando ya la nacion estaba tan castigada por otros tantos desaciertos, cuando no existia ningun hecho glorioso que pudiese, si no compensar, atenuar por lo ménos sus deplorables efectos, la indignacion, el disgusto y la ira no tenian otro remedio que estallar.

Desgracias interiores nos habian afectado en los pasados tiempos tambien, pero en cambio en extranjeras tierras alcanzaban triunfos nuestras armas, y la bandera española se desplegaba orgullosa en los campos de batalla.

En cambio ahora, no solamente experimentábamos los graves disgustos interiores, si que tambien nuestras armas, sino experimentaban los fuertes reveses que en Portugal y Cataluña, no nos daban en cambio glorias que amenguaran el efecto de aquellos desastres.

Vista nuestra debilidad, conocido nuestro decaimiento, los aliados con que hasta entónces habiamos contado en Italia nos abandonaban, y áun los pequeños soberanos que en otra época habian sido nuestros vasallos cuando podian temer nuestro poder, separábanse de nosotros y se iban á unir á los franceses.

Todas las esperanzas de los españoles habianse concentrado en Flándes, en Flándes, donde tantos días de gloria habian alcanzado nuestras armas, y donde todavia quedaban los restos de aquellos tercios famosos educados en la escuela de D. Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, tercios que habian heredado las gloriosas tradiciones de los valientes soldados formados en Italia, en aquella otra notable escuela de Gonzalo de Córdoba.

Pero la pérdida del Cardenal-infante, que tan acertado tino desplegara en el gobierno de aquellos países, fué tambien otra de las grandes desdichas que hubieron de alligarnos en aquella época tan desdichada.

El mal gobierno se dejaba sentir por todas partes, y los contratiempos que habiamos experimentado no eran más que consecuencias lógicas de sus actos, así como las desgracias sucesivas de que iremos ocupándonos fueron igualmente el resultado de aquellas mismas torpezas y desaciertos.

Porque las desdichas se eslabonan con mayor facilidad que las prosperidades, y las noticias de un desastre, influyendo poderosamente en el ánimo, producen generalmente otro desastre mucho mayor.

Esto producía el general disgusto que en todas las esferas reinaba, y al recordarse que al principio del reinado de Felipe IV habia prometido Olivares el engrandecimiento de la nacion que tan abatida dejara ya el tercer Felipe, y que en vez de esto únicamente habiamos experimentado reveses, pérdidas, humillaciones y afrentas, acoñojábase el ánimo juzgando, por las calamidades presentes, las que todavia podía guardarnos el porvenir.

Porque con un monarca que hubiese sabido serlo, con un gobierno de mayor energía y de más prudencia, y con un ministro ménos presuntuoso, más entendido, ménos torpe y más dócil á los consejos de la razon que el conde-duque de Olivares, si no impedir los males sufridos ya, á lo ménos se hubieran atenuado quizas sus efectos.

Pero en vez de esto, el Rey, indolente, descansaba por completo en el valido; el gobierno plegábase dócilmente á los caprichos de éste, y la corte, corrompida y disipada, ocupábase únicamente en fiestas y en diversiones.

Y precisamente estas fiestas, en las cuales se lucian galas y se hacia ostentacion de un lujo escandaloso, tenian lugar cuando se perdian reinos, y recogiamos humillaciones en cambio de la sangre derramada por nuestros soldados, y la gritería de los toros, la desonestidad de cierta clase de pasatiempos, los aplausos de los teatros, trataban, aunque en vano, de ahogar el grito de desesperacion de los pueblos que se destruian, y de las víctimas que causaba la impericia de aquellos generales favoritos del favorito, y tan desacertados como él.

Podía en buen hora faltar el dinero para atender á las necesida-

des de la guerra, pero en cambio se prodigaba á manos llenas para levantar teatros, como el Buen Retiro, donde, como dice un historiador contemporáneo, entre diversiones y bailes solian perder los reyes simultáneamente el tiempo y el decoro.

La política del conde-duque de Olivares reducíase á tener cubiertos los ojos del Monarca con aquella venda de disipacion y de entretenimientos frívolos muchas veces, é inmorales algunas, y de este modo evitaba que su atencion pudiera fijarse en los girones que de su manto se iban desprendiendo, en los florones que perdía su corona, en las manchas que empañaban el brillo de su cetro, y en las quejas que se exhalaban de todas partes.

¿Qué importaba que los pueblos no pudieran dar más dinero por lo exhaustos que se hallaban? allí estaban las flotas de Indias, de donde se tomaba lo necesario, áun cuando perteneciesen á particulares, como sucedió con la de 1639, sin que pueda alegarse en descargo de esto que Felipe II habia obrado de igual modo, pues si aquél lo hizo fué para pagar á los soldados que le conquistaban países, mientras que su nieto lo hacia para olvidar entre placeres la pérdida de aquellos mismos países.

Es verdad que el movimiento intelectual de España hubo de ganar extraordinariamente con todo esto, es verdad que el arte dramático prosperó de un modo notable, pero ¿cuánto más no hubiera valido que aquellos poetas hubieran representado sus obras en celebridad de un gran triunfo que no para disipar la tristeza producida por la pérdida de Portugal ó por los desastres de Cataluña!

Perdianse ciudades y reinos, sucumbía la flor de nuestros soldados, el pueblo estaba extenuado y abatido, y sin embargo, sobre el estanque del Buen Retiro representábanse comedias de magia, donde las máquinas y los artificios se apoyaban sobre el mismo lecho del estanque ó sobre barcas que navegaban para producir el mejor efecto, invirtiéndose, como es consiguiente, cuantiosas sumas.

La misma reina D.<sup>a</sup> Isabel, aquella reina á quien hemos tenido ocasion de elogiar por su desprendimiento con motivo de la guerra de Cataluña, dióse de tal modo á la aficion de las comedias, que llegó casi á degenerar en capricho, y la degradada turba de cortesanos que la rodeaba llevaba su adulacion hasta el extremo de que, si mostraba agrado porque se silbaba una comedia, silbábanse todas, y para que pudiera distraerse con los incidentes que se promovían en la *cazuela* de los corrales, llevaban al teatro del Buen Retiro las mujeres del pueblo bajo, provocándolas á que se insultasen y riñesen hasta llegar á las manos, ó bien soltaban entre ellas reptiles que les asustaran, á fin de que se promoviera el consiguiente desorden y alboroto.

Todo era corrupcion, todo era escándalo en aquella corte, y áun estos pasatiempos de que acabamos de hablar eran los ménos malos, puesto que reconocian por origen un noble arte.

Oigamos como se expresa un escritor de nuestros días describiendo el cuadro de inmoralidad que ofrecía aquella corte.

«No habia, especialmente en Madrid, ni decoro, ni moralidad alguna; quedaba la soberbia, quedaba el valor, quedaban los rasgos distintivos del antiguo carácter español, es cierto; pero no las virtudes. Pintó D. Francisco de Quevedo con exactitud los vicios de aquella época nefanda; no hay ficcion, no hay encarecimiento en sus descripciones. Tal franqueza no podía pasar entónces sin castigo, y así los tuvo el gran poeta con pretextos varios, entre los cuales hubo uno infame, que fué correr la voz de que mantenía inteligencias con los franceses. La verdad es de que halló medio de poner ante los ojos del Rey un memorial en verso, donde apuntaba las desdichas de la república, señalando como principal causa de ellas al Conde-duque. Sigúole el aborrecimiento de éste hasta el último día de su privanza; y así estuvo Quevedo en San Márcos de Leon durante cerca de cuatro años, los dos de ellos metido en un subterráneo, cargado de cadenas y sin comunicacion alguna. Aun fué merced que no le degollasen, como al principio se creyó en Madrid, porque todo lo podía y de todo era capaz el orgulloso privado. Pero mientras aquel temible censor pagaba sus justas libertades, la corte, los magistrados y los funcionarios de todo género acrecentaban sus desórdenes, y al compas de ellos hervía España, y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos. Pagábanse aquí muertes, y ejercitábase notoriamente el oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse iglesias, galantéábanse en público monjas ni más ni ménos que mujeres particulares; eran diarios los desafíos y las riñas y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época continuas y horribles tragedias... Tal caballero rezando á la puerta de una iglesia era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro llevaba á confesar á su mujer para quitarle al día siguiente la vida y que no se perdiera el alma...; éste, acometido de facinerosos en la calle, se acogía debajo del palió del Santísimo, y allí mismo era muerto, el otro no despertaba de noche sin sentir puñaladas en su almohada; y era que su propio ayo le erraba golpes mortales disparados por leve reprension ó ofensa... En quince días hubo en Madrid solo ciento diez muertes de hombre y mujeres, muchas en personas principales (1)...»

Cánovas del Castillo, *Decadencia de España, Felipe IV*, lib. VI.



J. SERRA lit.

Lit. VIDAL, Omo. 27.

MUERTE DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES

Riera Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.



## CAPITULO CCXXVI.

Pragmáticas encaminadas á poner coto á varios excesos.—Conspiracion para derribar al Conde-duque.—Pónese la Reina al frente de ella.  
Caída del Conde-duque.—Su muerte.

Por el cuadro anterior puede comprenderse la deplorable situación en que se hallaba la capital de España, y el disgusto que había de proporcionar á los hombres pensadores un orden de cosas que necesariamente había de llevar consigo para el porvenir mayor ruina de la que hasta entónces estaba sufriendo la nación.

Para corregir tamaños vicios no se dictaban disposiciones algunas con la energía que exigía el mal; únicamente se dieron varias pragmáticas prohibiendo los juramentos, exceptuando en los actos judiciales ó para dar valor á los contratos; otra para que las mujeres llevasen el rostro descubierto, á fin de que fuesen conocidas, pues que llevándolo tapado como hasta entónces, daban pábulo á graves escándalos; otra para que ninguna mujer, de cualquier clase que fuera, usase guarda-infante ú otro traje parecido, exceptuando aquellas que por su mala vida estaban autorizadas para ello, y finalmente un pregon por el cual se prohibía á los hombres usar copetes, guedejas y los rizos con que se componían el cabello.

Puede comprenderse, por la exigüidad de las medidas empleadas para corregir males de tanta consideracion, la eficacia de las que se tomarían para remediar la pública miseria.

El único recurso que se tomó fué el de alterar el valor de la moneda, y por la pragmática de 31 de agosto de 1642 se dispuso que la moneda de vellón, que hasta entónces había corrido por doce y por ocho maravedises, valiese en adelante dos, y la de seis uno solo, con lo cual produjose un desorden de tal consideracion, que hubo días en que no se encontró que comer en Madrid, porque nadie quería vender.

Todos estos desaciertos, tan funestos y repetidos errores, exigían ya que se les pudiese un término, y la opinion general, pronunciada contra el Conde-duque, si no se atrevía á luchar abiertamente con la influencia que éste seguía ejerciendo en el ánimo del Monarca, empleaba todos los medios que creía conducentes á su objeto.

Finalmente, llegó el momento en que hubo, en 1639, quien se atrevió á presentar al Monarca un memorial en el cual se manifestaba las causas que producían el mal estado de la nación, memorial que, si bien por entónces no produjo un efecto inmediato, unido á los reveses que estaban experimentándose y que al cabo consiguieron arrancar de los ojos del Monarca la venda que los cubría, produjo cierta tibieza en las relaciones de éste con aquél, tibieza de la cual se aprovechó inmediatamente el partido que le era contrario.

Al frente de él estaba la misma Reina, que jamas había podido sobrellevar con paciencia el predominio del Conde-duque sobre su esposo, y la especie de espionaje á que estaba sujeta, puesto que, á fin de que no diese paso alguno que pudiese atentar á su privanza, había puesto el de Olivares á su esposa cerca de ella.

Natural era que la Reina estuviera acechando una ocasion oportuna para herir al que tanto la había ofendido y había perjudicado la nación, y aprovechando el disgusto que en su real consorte produjo la pérdida de Portugal, principió á trabajar en contra del que hasta entónces le había hecho derramar más de una lágrima.

Ella fué quien verdaderamente influyó para que el Monarca marchase á Aragon, y como éste á su regreso mostróse afectuoso y agradecido á los rasgos que ya hemos mencionado en otro lugar y á la prudencia con que gobernara el reino, aprovechóse de tan buenas disposiciones, y principió á hacerle presente el público mal-estar, las desgracias del reino, significándole que la causa de todo era el favorito.

Uno de los días en que de esto se ocupaba, tomó en brazos á su hijo el príncipe D. Baltasar, y presentándose al Rey, le dijo con voz ahogada por los sollozos. «Aquí tenéis á vuestro hijo; si la monarquía ha de seguir gobernada por el ministro que la está perdiendo, pronto le veréis reducido á la condicion más miserable.»

Estas palabras impresionaron á Felipe IV, impresion que fué aumentando con lo que dijo la duquesa viuda de Mantua, Margarita de Saboya, gobernadora que había sido de Portugal, que acababa de llegar de aquel reino; con las excitaciones de D.<sup>a</sup> Ana de Guevara, nodriza del Monarca y á la cual éste profesaba extraordinario respeto, y finalmente con lo dicho por el arzobispo de Granada y otros personajes de gran importancia.

Los trabajos hechos para derribarle, no pudieron oscurecersele al Conde-duque, que comprendiendo al fin que su estrella se eclipsaba, pidió permiso al Monarca para retirarse de los negocios, yéndose á descansar á Loeches, y áun cuando dos veces se lo negó, el 17 de enero de 1643 encontróse con un billete de Felipe IV concebido en estos términos:

«Muchas veces me habíais pedido licencia para retiraros, y no he venido en dárosela, y ahora os la doy para que lo hagáis luégo adonde os pareciere, para que miréis por vuestra salud y por vuestro sosiego.»

En una *Relacion de lo sucedido desde el 17 de enero de 1643 que S. M. ordenó al Conde-duque saliese de palacio, hasta el 23 del mismo, que con efecto salió* (1), se dice que el día 17, que precisamente era sábado, el Monarca que estaba en la torre de la Parada, escribió

(1) Manuscrito que se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

desde allí una carta al conde-duque de Olivares, carta que decía así:

«Conde, muchas veces me habéis pedido, licencia para ir á descansar, y yo os la he negado por causas que á ello me movían: hoy no sólo os la doy, sino que os mando que os vayáis luégo y desembaracéis á palacio.»

Como se ve, los términos de la carta varían de los que anteriormente hemos citado, áun cuando en la parte sustancial están conformes, pareciéndonos, sin embargo, que teniendo en cuenta las pruebas de afecto que el mismo Monarca dió á su favorito, áun en estos momentos, es más lógica la primera que la segunda.

Recibido por el Conde-duque este billete, soportó con entereza y resignacion aquel golpe y se retiró á Loeches, áun cuando al día siguiente volvió á palacio á tratar de justificarse de los cargos que se le hacían.

Escuchóle Felipe con indiferencia, sin responderle nada, en vista de lo cual comprendió el Conde-duque que debía perder toda esperanza, y definitivamente volvió á Loeches, sobrellevando resignadamente su caída, á diferencia de su esposa, que no pudo disimular la ira y el despecho que la produjera aquel golpe.

«Persona que se halló en Loeches, dice un escritor de aquel tiempo y que lo vió, por vista de ojos, dice que saliendo la Condesa de visitar las monjas y sentándose á la mesa para comer, en la misma hora llegó un papel del Conde, en que le daba cuenta de todo, y le decía la determinacion del Rey, y afirma éste, que no sólo los colores que tenía en la cara, pero los que se ponía, que eran muy grandes, como se usa en palacio, todos se le perdieron sin quedarle ninguno y que parecía difunta.»

Algunos autores han dicho que recibió el golpe con resignacion, y áun que consoló á su esposo, pero nosotros suponemos que lo dicho por la persona á que se refiere el escritor citado está más en lo cierto.

Y sin embargo, el Monarca honró á su favorito hasta en su caída más de lo que merecía, puesto que en la comunicacion pasada á los Consejos, dándole parte de aquel suceso, les decía:

«Dias ha que me hace continuas instancias el Conde-duque para que le dé licencia para retirarse, por hallarse con gran falta de salud, y juzgar él que no podía satisfacer, conforme á sus deseos, á la obligacion de los negocios que le encomendaba: yo lo he ido dilatando cuanto he podido por la satisfaccion grande que tengo de su persona, y la confianza que tan justamente hacia de él, nacida de las experiencias continuas que tengo del celo, amor, limpieza é incesante trabajo con que me ha servido tantos años. Pero viendo el aprieto con que estos últimos días me ha hecho viva instancia por esta licencia, he venido en dársela, dejando á su albedrío el usar de ella cuando quisiese: él ha partido ya, apretado de sus achaques, y quedo con esperanzas de que con la quietud y reposo recobrará la salud, para volverla á emplear en lo que conviniese á mi servicio. Con esta ocasion me ha parecido advertir al Consejo, que la falta de tan buen ministro no la ha de suplir otro sino yo mismo, pues los aprietos en que nos hallamos piden toda mi persona para su remedio, y con este fin he suplicado á Nuestro Señor me alumbré y ayude con sus auxilios para satisfacer á tan grande obligacion, y cumplir enteramente con su santa voluntad y servicio, pues sabe que este es mi deseo único. Y juntamente ordeno y mando expresamente á ese Consejo que, en lo que esté de su parte, me ayude á llevar esta carga, como lo espero de su celo y atencion, etc.»

Extraordinario regocijo produjo la caída del ministro, y el Rey era vitoreado por el pueblo donde quiera que se presentara, fijándose en las puertas de palacio un pasquin que decía: *Ahora serás Felipe el Grande, pues el Conde-duque no te hará pequeño.*

Publicáronse multitud de papeles, con los cuales muchos, como dice Lafuente, desahogaban la saña que tenían en sus corazones, publicándose á la vez en contra de estos papeles, en que se hacían severísimos cargos al ministro caído, otro en su defensa que llevaba por título *Nicandro ó antidoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia han esparcido para deslucir y manchar las heroicas é inmortales acciones del conde-duque de Olivares despues de su retiro.*

El fiscal del Consejo reclamó contra los que imprimieron el *Nicandro*, pero el Monarca puso término á todo aquello, conminando con graves penas á los que tomasen parte en semejantes discusiones.

Pocos días despues de estar el Conde-duque en Loeches pidió permiso para pasar á Toro, donde ejerció el modesto cargo de regidor, persiguiéndole por espacio de dos años hasta allí el conde de sus enemigos, que trataban de que, para servir de escarmiento á otros privados, tuviese un fin tan trágico como el del marques de Siete Iglesias.

Y quizás lo hubiesen conseguido, si es cierto lo que se dice de que el Rey le escribió una carta en la cual le decía: «En fin, Conde, yo he de reinar, y mi hijo se ha de coronar en Aragon, y no es muy fácil si no entrego vuestra cabeza á mis vasallos, que á una voz la piden todos y es preciso no disgustarlos más.»

Dícese que esta carta impresionó de tal modo al que era objeto de ella, que se le trastornó el juicio, recobrándole despues en medio de una fiebre que le ocasionó la muerte en 22 de julio de 1645.



ANA DE AUSTRIA (REINA REGENTE DE FRANCIA).

J. SERRA. 10.

LA VIDA, Oino 27.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.